

Pero después de la palabra Alondra, Mario no había oído nada. Hay en el estado de ensueño congelaciones súbitas, producidas por una sola palabra. Todo el pensamiento se condensa bruscamente al rededor de una idea, y no es ya capaz de ninguna otra percepción. La Alondra era el nombre que en las profundidades de la melancolía de Mario había reemplazado á Úrsula.

—¡Calla!—dijo en el estupor poco lógico, propio de este aparte misterioso,—este es su campo. Aquí sabré dónde vive.

Esto era absurdo, pero irresistible.

Y desde entonces fué todos los días al Campo de la Alondra.

II

FORMACIÓN EMBRIONARIA DE LOS CRÍMENES
EN LA INCUBACIÓN DE LAS CÁRCELES

El triunfo de Javert en la casa de Gorbeau había parecido completo, pero no lo había sido.

En primer lugar, y este era su principal cuidado, Javert no había preso al preso. El asesinado que se evade, es más sospechoso que el asesino; y es probable que este personaje, tan preciosa captura para los bandidos, no hubiera sido menos buena presa para la autoridad.

Además, Montparnase se había escapado de las garras de Javert; era preciso esperar otra ocasión para echar la zarpa á aquel «currutaco del diablo.» En efecto, Montparnase, habiendo encontrado á Eponina que acechaba bajo los árboles del boulevard, se había ido con ella, prefiriendo ser Nemorino con la hija, á ser Schinderhannes con el padre; y había hecho muy bien, porque estaba libre. En cuanto á Eponina, Javert la había hecho «trincar,» lo que era un mediano consuelo; y se había reunido con Azelma en las Magdalenas.

En fin, en el trayecto de la casa de Gorbeau á la Fuerza, uno de los principales presos, Suenadineró,

se había perdido. No se sabía cómo había sucedido esto; los agentes y los polizontes «no comprendían nada; se había convertido en humo, se había deslizado por entre las cuerdas, se había escapado por las grietas del carruaje, porque el coche estaba roto, y había huido; no sabían qué decir, sino que, al llegar á la cárcel, Suenadineró había desaparecido. Había en aquello algo de magia ó de policía. ¿Se había derretido Suenadineró en las tinieblas como un copo de nieve en el agua? ¿Había habido connivencia con los agentes? ¿Pertenece este hombre al doble enigma del desorden y del orden público? ¿Era concéntrico á la infracción y á la represión? ¿Esta esfinge tenía las manos en el crimen, y los piés en la autoridad? Javert no aceptaba estas combinaciones, y se hubiese enfurecido ante tales compromisos; pero en su escuadra había otros inspectores más iniciados tal vez que él, á pesar de ser subordinados suyos, en los secretos de la prefectura, y Suenadineró era tan malvado, que podía ser un buen agente de policía: en efecto, hay de estos bribones de dos filos. Pero fuese lo que fuese, lo cierto es que Suenadineró se perdió y no se volvió á encontrar. Javert pareció estar más irritado que asombrado de este accidente.

En cuanto á Mario, «ese pazguato de abogado que había tenido probablemente miedo,» y cuyo nombre había olvidado Javert, era poco importante. Por otra parte, á un abogado se le encuentra siempre. Pero, ¿era sólo un abogado?

Había empezado la sumaria.

El juez que la instruía había creído conveniente no poner comunicado á uno de los hombres de la cuadrilla del Patrón Minette, esperando alguna confesión, y había escogido á Brujón, el cabelludo de la calle del Petit-Banquier.

Se le había deado en el patio de Carlomagno,

y tenía siempre encima la vista de los vigilantes.

El nombre de Brujón es un recuerdo de la fuerza. En el repugnante patio, llamado por el vulgo el Edificio Nuevo, por la Administración el patio de San Bernardo, y por los ladrones la cueva de los Leones; en aquella muralla cubierta de escamas y de lepra, que subía por la izquierda hasta el techo, cerca de una puerta de hierro, enmohecida ya, que conducía á la antigua capilla del palacio ducal de la Fuerza, convertida en dormitorio de bandidos, se veía, aún hace doce años, un castillo groseramente esculpido con un clavo, en la piedra, y debajo esta firma:

BRUJÓN, 1811.

El Brujón de 1811 era el padre del Brujón de 1832.

Este, á quien apenas hemos podido entrever en la emboscada de la casa de Gorbeau, era un gallardo joven, muy astuto y discreto, de aspecto huído y lastimero. A causa de este aspecto le había escogido el juez, creyéndole más útil en el patio de Carlomagno que en el calabozo incomunicado.

Los ladrones no interrumpen el ejercicio de su profesión, aunque estén en manos de la justicia. No se incomodan por tan poca cosa, y estar preso por un crimen, no impide comenzar otro crimen; son como los artistas que tienen un cuadro en la Exposición, y no por esto dejan de trabajar en alguna obra nueva en su taller.

Brujón aparentaba haberse quedado estupefacto con la prisión. Se le veía muchas veces horas enteras en el patio de Carlomagno, de pie, cerca del tragaluz del cantinero, contemplando como un idiota la sórdida lista de los precios de la cantina, que em-

pezaba: *puerros, sesenta y dos céntimos*, y concluía: *cigarro, cinco céntimos*; ó bien pasaba el tiempo temblando, chocando los dientes, diciendo que tenía calentura, y preguntando si estaba vacante alguna de las veintiocho camas de la sala de los calenturientos.

De pronto, hacia la segunda quincena de febrero de 1832, se supo que Brujón, el tonto, había mandado hacer á los mozos de la cárcel, no bajo su nombre, sino bajo el nombre de tres camaradas suyos, tres comisiones diferentes, las cuales le habían costado cincuenta sueldos, gasto exorbitante, que llamó la atención del inspector de la cárcel.

Hiciéronse indagaciones, y consultando la tarifa de los encargos, clavada en la pared de la sala de los detenidos, se llegó á saber que los cincuenta sueldos se descomponían así: tres recados: uno al Panteón, diez sueldos; otro á Val-de-Grâce, quince sueldos, y otro á la barrera de Grenelle, veinticinco sueldos: este último era el precio más alto de la tarifa. Ahora bien: precisamente en el Panteón, en Val-de-Grâce y en la barrera de Grenelle, estaban los domicilios de los tres rateros de las barreras más temibles, Kruideniers, el llamado Bizarro, glorioso presidiario cumplido, y Paracoches, sobre los cuales cayó por este incidente la mirada de la policía.

Creyóse adivinar que estos hombres estaban afiliados á la cuadrilla del Patrón Minette, de la cual habían sido puestos á la sombra los jefes Babet y Tragamar. Supónese que los recados de Brujón, enviados, no á su casa, sino á personas que esperaban en la calle, debían ser avisos para algún crimen tramado. Había además otros indicios; echóse la garra á los tres vagos, y se creyó haber ventado la maquinación de Brujón, cualquiera que fuese.

Como una semana después de tomarse estas me-

didias, una noche, un vigilante de ronda, que vigilaba el dormitorio inferior del Edificio Nuevo, en el momento de echar en el buzón de contraseñas su contraseña, es decir, la pieza de metal con su número, que sirve para indicar que el inspector cumple el servicio exactamente, de modo que cada hora cae en los buzones de las puertas de los dormitorios una contraseña; un inspector, decimos, vió por la rejilla del dormitorio á Brujón sentado, escribiendo algo en la cama á la luz de la lámpara. El inspector entró, púsose á Brujón por un mes en el calabozo, pero no se le pudo coger lo que había escrito. La policía no supo más.

Lo cierto es que, al día siguiente, tiraron un *postillón* desde el patio de Carlomagno á la Cueva de los Leones, por encima del edificio de cinco pisos que separaba ambos patios.

Los presos llaman *postillón* á una bola de pan artísticamente amasada, que se envía á Irlanda, es decir, por cima de los tejados de una cárcel, de un patio á otro.

Etimología: por cima de Inglaterra, de una tierra á otra, á Irlanda. Cuando cae, pues, la bola en el patio, el que la recoge la abre, y encuentra un billete dirigido á algún preso en el patio. Si es un preso el que la coge, la da á su destino, y si es un carcelero ó uno de los presos secretamente vendidos, que se llaman «borregos» en las cárceles, y «zorros» en los presidios, el billete es presentado al escribano y después á la policía.

Esta vez el billete llegó á su destino, aunque en aquel momento el que debía recibirle estaba entre los *separados*: era nada menos que Babet, uno de los cuatro de la cuadrilla del Patrón Minette.

El *postillón* contenía un papel arrollado, en el cual estaban escritas estas dos líneas:

—Babet. Se puede dar un golpe en la calle Plumet. Una verja en un jardín.

Esto era lo que Brujón había escrito por la noche.

A pesar de los registradores y registradoras, Babet encontró medios de hacer llegar el billete desde la Fuerza á la Salpêtrière á una «buena amiga» que allí tenía, y que estaba encerrada. Esta á su vez transmitió el billete á otra, á quien conocía, á una tal Magnón, muy vigilada por la policía, pero no presa aún. Esta Magnón, cuyo nombre ha visto ya el lector, tenía con los Thenardier relaciones que explicaremos más adelante, y podía servir de puente entre la Salpêtrière y las Magdalenas, yendo á ver á Eponina.

Pero sucedió, precisamente en este momento, que faltando pruebas en la sumaria formada contra Thenardier respecto de sus hijas Eponina y Azelma, fueron puestas en libertad.

Cuando Eponina salió, la Magnón, que la esperaba á la puerta de las Magdalenas, le dió el billete de Brujón á Babet, encargándola que *diese luz* al negocio.

Eponina fué á la calle Plumet, reconoció la verja y el jardín, observó la casa, espío, acechó, y algunos días después llevó á Magnón, que vivía en la calle Coche-Perce, un bizcocho, que Magnón transmitió á la querida de Babet á la Salpêtrière. Un bizcocho, en el tenebroso simbolismo de las prisiones, significa: *no hay nada que hacer*.

Tan bien salió todo, que menos de una semana después, Babet y Brujón, al encontrarse en el camino de ronda de la Fuerza, yendo uno «á la instrucción» y viniendo el otro, preguntó Brujón:—¿Y la calle P?—Bizcocho,—respondió Babet.

Así abortó este feto del crimen, engendrado por Brujón en la Fuerza.

Este aborto tuvo, sin embargo, consecuencias completamente extrañas al programa de Brujón: ya se verán.

Muchas veces se cree estar anudando un hilo y se anuda otro.